

# Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

## LOS DOS DESTINOS

¿Qué sueño persigues?

## LA PUERTA VERDE

¿Será el infierno para algunos una mera extensión de esta vida?

## APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

Las 70 semanas de Daniel, 1ª parte

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: [www.conectate.org](http://www.conectate.org)

**México:**

Conéctate  
Apartado 11  
Monterrey, N.L., 64000  
[conectate@conectate.org](mailto:conectate@conectate.org)  
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)  
(52-81) 81 34 27 28

**Chile:**

Conéctate  
Casilla de correo 14.982  
Correo 21  
Santiago  
[conectatechile@mi-mail.cl](mailto:conectatechile@mi-mail.cl)  
(0) 94 69 70 45

**Colombia:**

Conéctate  
Apartado Aéreo 85178  
Santafé de Bogotá, D.C.  
[conectate@andinet.com](mailto:conectate@andinet.com)

**Perú:**

Conéctate  
Casilla 2005  
Lima 100  
[RAYOSdeSOL@terra.com.pe](mailto:RAYOSdeSOL@terra.com.pe)

**Estados Unidos:**

Activated Ministries  
P.O. Box 462805  
Escondido, CA 92046-2805  
[info@activatedministries.org](mailto:info@activatedministries.org)  
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

**Europa:**

Activated Europe  
Bramingham Pk. Business Ctr.  
Enterprise Way  
Luton, Beds. LU3 4BU  
Inglaterra  
[activatedEurope@activated.org](mailto:activatedEurope@activated.org)  
(07801) 44 23 17

**DIRECTOR**

Gabriel Sarmiento

**DISEÑO**

Giselle LeFavre

**ILUSTRACIONES**

Étienne Morel

**PRODUCCIÓN**

Francisco López

AÑO 4, NÚMERO 10

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



## A nuestros amigos

La vida se edifica sobre la base de una serie de decisiones que van desde lo trivial hasta los dilemas más profundos: ¿Qué me pongo hoy? ¿Qué voy a desayunar? ¿Con quién me caso? ¿Qué carrera debo seguir? Tanto las grandes como las pequeñas decisiones se combinan para ordenar nuestros días, definir quiénes somos y en gran medida, establecer el grado de felicidad y satisfacción de que gozamos.

Irónicamente, suelen ser las decisiones más intrascendentes las que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo y atención, mientras que las más medulares, las que más pesan e influyen, quedan desatendidas o postergadas. ¿Qué quiero hacer en la vida? ¿Qué clase de persona aspiro a ser?

Es muy posible vivir día a día sin zanjar esos grandes interrogantes: millones de personas lo hacen. Lo malo es que esa forma de abordar el futuro las más de las veces deriva en desencanto y pesar en lugar de redundar en verdadera satisfacción y felicidad. Alguien dijo con cierta cuota de ingenio: «Si no sabes a dónde vas es probable que acabes en otra parte». No te metas en ese laberinto. Descubre qué es lo más importante para ti y persíguelo con tesón.

Jesús dijo: «El reino de los Cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró» (Mateo 13:45,46). ¿Te has puesto a pensar en cuántas personas vieron esa perla antes que el mercader sin percatarse de su valor? Otras tal vez ansiaron adquirirla, pero ya habían malgastado todos sus recursos en objetos de mucho menor valía.

¿Cuál es tu perla preciosa? ¿Qué cosas sacrificarías para obtenerla? Esas son decisiones que solo tú puedes tomar, con la ayuda de Dios. Pero esperamos que el presente número de *Conéctate* te lleve a discurrir por la senda más acertada. Que Dios te bendiga con lo más excelso de Sus tesoros.



Gabriel Sarmiento  
En nombre de *Conéctate*

# EL PLACER DE

# UNA VIDA SENCILLA

UN EMPRESARIO ESTADOUNIDENSE se encontraba en México, en el muelle de un pueblecito costero. En ese momento atracó un bote en el que venía remando un pescador. En el interior de la embarcación había varios ejemplares de gran tamaño de atún de aleta amarilla. El forastero elogió al mexicano por la calidad de su pescado. Seguidamente le preguntó cuánto tiempo le había tomado pescarlos.

—Un ratito, señor —repuso el pescador.

El estadounidense le preguntó por qué no se había quedado más tiempo para capturar una cantidad mayor.

El pescador respondió que con aquello le bastaba para ganarse el sustento y atender a las necesidades inmediatas de su familia.

El visitante continuó preguntando:

—Y ¿qué hace el resto del tiempo?

—Verá usted, señor —contestó el pescador—: Me levanto tarde. Voy a pescar un rato y después paso un tiempo jugando con mis hijos. Luego duermo la siesta con mi esposa María y en la noche salgo a pasear al pueblo, a tomar un poco de vino y tocar la guitarra con mis amigos. Como verá usted, estoy muy ocupado todo el día, señor.

El gringo añadió con tono burlón:

—Yo podría ayudarlo. Soy graduado de la Universidad de Harvard en administración de empresas. Si usted dedicara más tiempo a la pesca, con las ganancias podría comprar una embarcación más grande. Al aumentar sus ingresos y contar con un barco de



mayor calado, podría comprar varias embarcaciones. Con el tiempo llegaría a tener una flota de barcos pesqueros. En vez de vender a un intermediario, lo haría directamente a una empresa conservera, y al final llegaría a ser dueño de una fábrica de productos enlatados. Usted tendría en sus manos el envasado y la distribución del producto. Entonces tendría que mudarse de este pueblito costero a la ciudad de México, luego a Los Ángeles y, a la larga, a Nueva York. Desde allí dirigiría su empresa en expansión.

—Pero dígame una cosa, señor, ¿cuánto tiempo llevaría todo eso?

—Quince o veinte años.

—Y después, ¿qué haría yo?

El estadounidense se rió antes de responder:

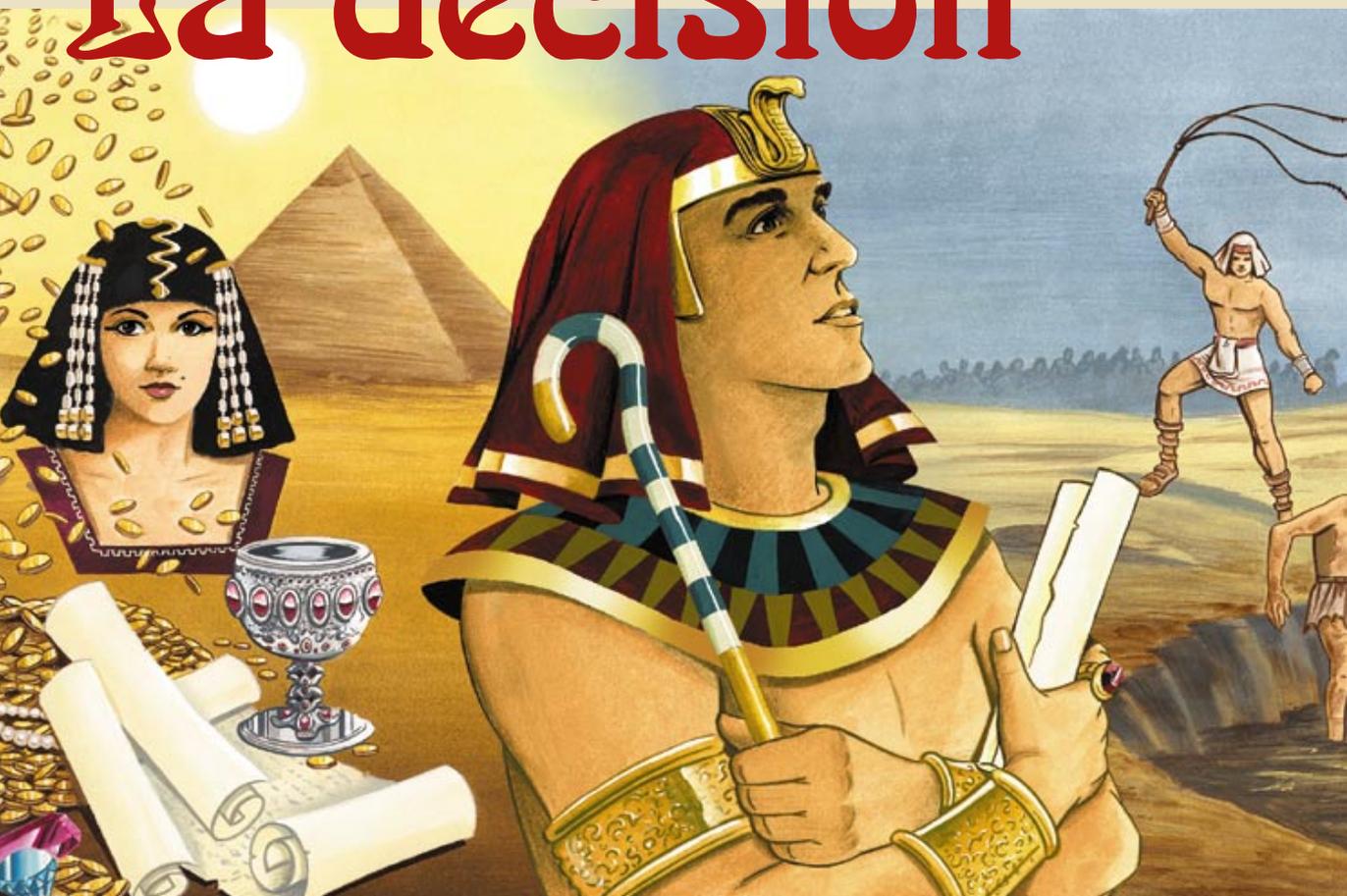
—Esa es la mejor parte. En el momento idóneo, vendería las acciones de su compañía y se haría rico. Ganaría millones de dólares.

—¿Dice usted millones, señor? Y luego ¿qué?

—Se retiraría de los negocios y se mudaría a un pueblito costero donde podría dormir hasta tarde, pescar un poco, jugar con sus nietos, dormir la siesta con su esposa María y pasear por las noches en el pueblo, donde tomaría vino y tocaría la guitarra con sus amigos. •

ANÓNIMO

# La decisión



VIRGINIA BRANDT BERG

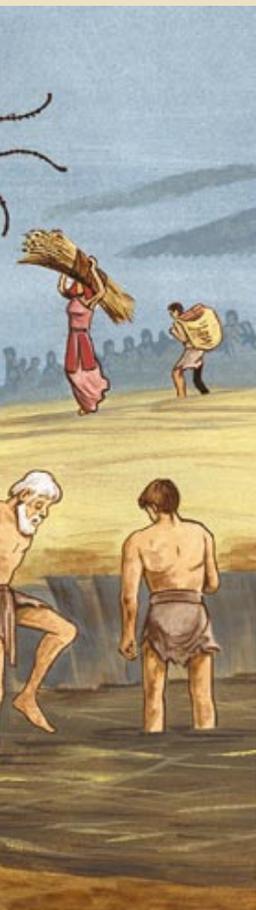
¿ALGUNA VEZ HAS PENSADO en la decisión que tuvo que tomar Moisés para abandonar Egipto? Fue precisamente esa decisión la que hizo de él un gran hombre. A Salomón se lo recuerda por su sabiduría, a Daniel por sus visiones, a David por sus salmos y a Pedro por su celo. En cambio, Moisés alcanzó la celebridad a raíz de la decisión que tomó.

En el capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos Moisés aparece incluido entre los famosos héroes de la fe: «Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado,

teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón» (Hebreos 11:24-26).

Moisés, a quien la hija del Faraón encontró en una cesta entre los juncos del río Nilo, se crió en el palacio real, donde gozó de privilegios y opulencia. Pero ya siendo mayor tuvo que tomar una determinación. Era hebreo; no egipcio. Por tanto, ¿sería fiel a Egipto y llevaría la corona de los faraones, u optaría por reintegrarse a su propio pueblo?

Es de suponer que aquello puso al joven Moisés en un grave dilema. Cabe imaginárselo subiendo a algún



Si optaba por convertirse en uno de ellos, tendría que renunciar a las comodidades y lujos de los que siempre había gozado.

lugar elevado y observando las luces de la ciudad imperial, el palacio con todas sus riquezas y belleza, con aquellas cosas a las que se había habituado toda su vida. Supongo que de ahí volvió la mirada al sur y contempló las pirámides, donde los hombres de su pueblo trabajaban como esclavos del Faraón elaborando ladrillos. Al verlos trajinar al son del látigo de sus captores, el corazón de Moisés debía de arder dentro de él. Eran de su mismo linaje, pero si optaba por convertirse en uno de ellos, tendría que renunciar a las comodidades y lujos de los que siempre había gozado. Vestiría el atuendo de los esclavos y dejaría atrás para siempre a su madrastra, la hija del Faraón. Pese a ello, la Palabra de Dios dice que escogió «antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado».

Tengamos en cuenta que aquellos *deleites del pecado* eran más tentadores de lo que uno pensaría leyendo ese simple pasaje: en aquel entonces Egipto era el lugar más atractivo de la Tierra. Sus bodegas rebosaban de grano, y los tesoros del mundo llenaban sus arcas. Moisés pudo haber heredado todo aquello.

Habiendo sido instruido «en toda la sabiduría de los egipcios» (Hechos 7:22), era perfectamente consciente de lo que entrañaba aquella decisión: renunciar a las riquezas del imperio más poderoso de la Tierra para hacerse esclavo. Sin embargo, además de poseer cultura y sabiduría, Moisés tenía visión de futuro: estuvo dispuesto a sacrificar los placeres del presente para obtener recompensas futuras. Tuvo, según reza la Escritura, «puesta la mirada en el galardón». Es decir, sabía que los deleites del pecado duraban apenas un momento y que, en cambio, las recompensas divinas

por decidir con acierto serían eternas.

Moisés comprendió que, sin el favor de Dios, un millonario es apenas un mendigo. El apóstol Pablo escribió de Jesús: «Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico» (2 Corintios 8:9). Esa misma decisión tomó Moisés.

Pese a que aquella resolución supuso privaciones, sufrimientos y una terrible humillación, prefirió ser el menor de los hijos de Dios aquí en la Tierra y llevar una corona para siempre en el Cielo (Santiago 1:12; Apocalipsis 2:10). Así pues, tomó partido por los hijos de Dios, a fin de comparecer junto a ellos delante del Rey eterno.

Desde la escalinata del palacio, la determinación de Moisés pudo haber parecido insensata. Sin embargo, cuando él vuelve hoy la vista atrás desde la escalinata que conduce al trono de Dios en el Cielo, se hace evidente que fue una decisión muy atinada y magnífica. Como consecuencia, llegó a ser uno de los grandes dirigentes de la Historia, y su influencia se hace sentir hasta el día de hoy.

Actualmente son muchos los que al tomar decisiones pecan de miopía: solo ven el presente, y por él hipotecan su futuro. No ven el galardón que podría ser suyo.

¿Qué decisiones tomas tú? ¿Eres corto de miras? ¿Sufres de miopía espiritual y vives mayormente para el presente? ¿O guardas en tu pensamiento y en tu corazón la expectativa del gran galardón que Dios ha prometido a quienes le den prioridad y busquen primeramente Su reino?

¿Los placeres te nublan la vista y te impiden ver el gran premio que Dios te tiene reservado? Las realidades de la eternidad son deleites perdurables. Dios te ama y tiene grandes planes para ti, pero deja la decisión en tus manos. Elige bien. •

# LOS DOS DESTINOS

JOE NICHOLSON

ME ENCONTRABA en la cima de una montaña nevada. La vista era sobrecogedora. El sol resplandecía con fuerza, y tenía el mundo a mis pies. Una ráfaga de viento me golpeó el rostro y revitalizó cada espacio de mi ser. Después de repasar mentalmente la ruta de descenso, me ajusté las gafas, hundí los bastones en la nieve y volé hacia abajo. ¿Podía haber algo mejor en la vida? ¡El sueño norteamericano era alcanzable! Yo era la prueba: me había hecho millonario por mis propios esfuerzos, podía hacer cualquier cosa, viajar a cualquier lugar, ser lo que quisiera...

*¡Pip! ¡Pip! ¡Pip!* Mi despertador. La realidad se hizo presente.

Durante el día era un joven de 18 años agotado y saturado de trabajo, que cursaba seis asignaturas en la universidad y trabajaba 45 horas semanales en un restaurante mexicano como cocinero de frituras y salsas. Por la noche revivía en mis pesadillas mi vida diurna. Hasta mis sueños acerca de aventuras en esquíes eran poco frecuentes.

Un día me encontraba en la biblioteca de la universidad cuando alguien me entregó una tarjeta de presentación de color anaranjado fluorescente que decía: «Busco gente que quiera escapar para siempre de la febril rutina de la vida moderna». Con lo endeudado que estaba pagando mis cursos, el auto, el seguro, el alquiler y otras cuentas, no me costaba mucho imaginarme trabajando frenéticamente el resto de mi vida sin llegar a ninguna parte.

Me comuniqué con el hombre que me

había dado la tarjeta. En nuestro primer encuentro me expuso un plan de mercadeo de múltiples niveles para una empresa de telecomunicaciones, que parecía demasiado bueno para ser cierto. «¿No te gustaría poder hacer cualquier cosa, ir a cualquier parte y conseguir todo lo que deseas? Con este plan, tus sueños pueden hacerse realidad». Estaba cansado de ser quien era. Todas las mañanas me miraba en el espejo y veía al mismo fracasado que me devolvía la mirada. Así que me tragué el cuento.

Al cabo de un mes asistí, junto con 200 personas más, a un seminario dictado por el magnate de la empresa. En determinado momento se dirigió a mí y me dijo:

—¿Qué auto querías tener, hijo?

—Un Toyota —respondí, ante lo cual el grupo dejó escapar un gemido de desilusión por lo poco ambicioso de mi pedido.

Enseguida añadió:

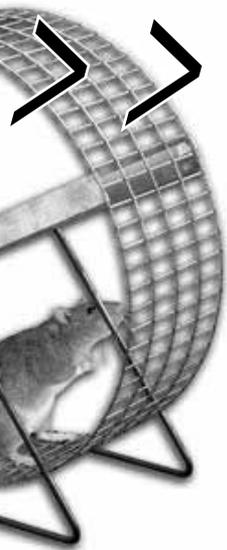
—¡Un Toyota Supra totalmente equipado!

—En ese caso debes ir al concesionario de Toyota y decirles que te dejen probarlo. Tienes que palpar tu sueño.

Apenas terminó el seminario, me dirigí al concesionario de autos. Ese día la codicia me empezó a envenenar el alma.

Durante los dos meses que siguieron me volví cada vez más arrogante y prepotente. Iba a los centros comerciales, distribuía mis tarjetas de presentación y conseguía números de teléfono de toda la gente que podía. Presioné a mis familiares para que se hicieran clientes míos, tratando constantemente de venderles el producto. Algunos eslóganes como: «Si lo quieres, consí-





*¿Me harían feliz las riquezas materiales? Por primera vez en mucho tiempo clamé a Dios y le pedí que me guiara.*

guelo», me inspiraban a perseguir cada día con más ahínco el vil metal. No obstante, cuanto más lo ansiaba, más se alejaba de mí. Pronto, el desánimo dio lugar al desencanto.

Mi escaso éxito motivó una llamada matinal de mi mentor, cuyos ingresos en parte dependían de los míos.

—¿Por qué no estás en la calle haciendo dinero? —quería saber Jeremy—. No puedes parar hasta que consigas la plata para comprarte lo que quieras. ¿Tienes que pensar en tu sueño, vivirlo, respirarlo!

—¡Bah, como sea! —dije, y le colgué.

Los días siguientes me los pasé preguntándome si realmente quería continuar por aquella senda. ¿Me harían feliz las riquezas materiales? Por primera vez en mucho tiempo clamé a Dios y le pedí que me guiara.

Unos días después conocí a un muchacho de veinte y tantos años que empujaba su motocicleta por el costado de la carretera. Se me ocurrió que tal vez podría reclutarlo para mi negocio, por lo que detuve la camioneta y le ofrecí un aventón. Agradecido, puso la motocicleta en la parte trasera y se sentó a mi lado. Cuando llegamos a su casa, le di una charla en la que ensalcé a la compañía para la que trabajaba. Me escuchó cortésmente, pero no mostró interés.

Agotado aquel tema, procedió a mostrarme fotos de la labor que realizaba con un movimiento de misioneros llamado La Familia y me propuso que saliéramos más tarde a tomar un café. Yo estaba menos interesado en la religión y en las misiones que él en estratagemas de múltiples niveles para amasar dinero, pero por algún motivo le contesté que sí.

Esa noche le conté todos los problemas que tenía con mi familia, mi trabajo y mis estudios.

—¿Quieres ir al Cielo? —me preguntó.

No era algo que me preguntaran todos

los días, pero por algún motivo no me pareció fuera de lugar.

—¡Sí! —respondí enseguida.

—¿Sabes si vas a ir?

—No creo.

—Pues puedes tener la certeza de que irás —me dijo con total naturalidad—. Simplemente pídele a Jesús que entre en tu corazón.

Le di una mirada de escepticismo.

—No se trata de religión ni de una utopía. ¡Es Jesús, nada más!

—¿Jesús y nada más? De acuerdo.



Al recordar lo que fue mi vida antes de conocer a Jesús, ¡me parece tan vacía, tan bidimensional! Prácticamente lo único que tiene en común con mi vida actual es que se desarrolló en el mismo planeta.

Desde que me integré a La Familia hace ya más de cinco años he viajado de oeste a este (de EE.UU. a Vietnam) y de sur a norte (de Sudáfrica a Oriente Medio). El Señor nunca ha dejado de proveer para todas mis necesidades ni de llenarme de alegría y satisfacción dondequiera que he estado.

Entretanto he descubierto que aunque la mayoría de los caminos de la vida conducen al mismo destino —dicha momentánea como resultado de la propia satisfacción—, el recorrido suele ser largo, solitario y deprimente, y muy pocos —por no decir ninguno— de los que alcanzan su objetivo encuentran verdadera felicidad. El segundo destino que se nos ofrece no solo es más fácil de alcanzar, sino que brinda mucha más satisfacción: verdades sencillas, valores eternos y la grata sensación de lograr algo de trascendencia por medio de Jesús. No se trata de una religión muerta ni de una quimera. Es Jesús y nada más. •

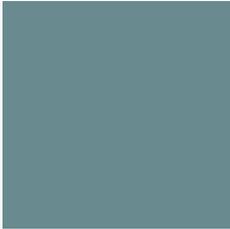
(JOE NICHOLSON ES MISIONERO DE LA FAMILIA EN EL ORIENTE MEDIO.)



# La puerta verde

## Sueño de un infierno impecable

DAVID BRANDT BERG



*Todo era una prolongación de la existencia absurda, inútil, carente de sentido y plagada de dolor y tristeza que aquella gente había tenido en la Tierra.*

TUVE UN SUEÑO MUY RARO que me recuerda un poco a *Alicia en el país de las maravillas*. No sé cómo fui a parar a ese sitio tan horrendo. Supongo que iba paseando y me topé con un pasadizo que quise explorar. Parece que entré al infierno accidentalmente, por error.

Era todo subterráneo y había unos pasillos muy iluminados. Tenía aspecto de hospital, porque el piso estaba muy lustrado. Mientras deambulaba por el lugar, yo lo observaba todo y miraba en las distintas salas para averiguar lo que había en ellas.

En cada cuarto las personas se dedicaban a diversas actividades, pero al parecer nada de lo que hacían tenía sentido. Todo era una inútil pérdida de tiempo. Los moradores de aquel lugar estaban muy ocupados, pero no lograban nada ni llegaban a ninguna parte.

Había científicos que realizaban interminables experimentos que nunca arrojaban ningún resultado práctico. Trabajaban en cohetes que, o bien nunca llegaban a despegar del suelo, o bien salían al espacio pero sin dirección ni propósito.

En el campo de batalla se veía un soldado. Los bombarderos pasaban zumbando sobre su cabeza, los obuses caían y estallaban a su alrededor. Se diría que sufría el interminable infierno de la guerra, tal como le había sucedido durante su existencia en la Tierra.

Un político fugitivo huía de una multitud enardecida que

quería lincharlo. Corría frenéticamente y trataba de ocultarse, pero no lo conseguía.

Todo transcurría a un ritmo muy lento, pero inexorable. Los obreros nunca dejaban de trabajar. Los soldados no cesaban de luchar en el campo de batalla. Los científicos nunca desistían de experimentar. Todo lo que la gente hacía, lo hacía interminablemente. Y sin embargo, todo indicaba que nunca lograban nada ni llegaban a ninguna parte.

Mientras recorría aquellos salones me sentí terriblemente perturbado. Me dije: «¡Dios mío, esto debe de ser el infierno! ¿Podría haber algo peor?» Todo era una prolongación de la existencia absurda, inútil, carente de sentido y plagada de dolor y tristeza que aquella gente había tenido en la Tierra. «No hay paz para los impíos» (Isaías 57:21).

Seguían haciendo lo mismo y sufriendo aquella agonía y pesar —lo que tuviera de infernal su anterior existencia—, solo que para nada, sin alivio, sin tregua y sin esperanza de que alguna vez cesara. ¡Era espantoso!

Guarda parecido con el *modus vivendi* de mucha gente hoy en día. Se levantan, van a trabajar, hacen lo mismo todos los días, vuelven a casa y se acuestan. Y ¿qué consiguen? ¿Qué provecho le sacan a la vida?

Nunca pensé que el infierno pudiera ser así. Todo perfectamente ordenado y pulcro, pero un suplicio sin fin. No había paz, no había descanso,

y nadie sabía qué era la verdad. Es casi lo peor que me puedo imaginar. En lugar de consumirse en llamas de fuego, es consumirse incesantemente en las llamas del esfuerzo interminable e inútil, de la lucha sin tregua, del dolor carente de sentido y de la angustia y sufrimiento sin fin.

Exactamente lo contrario de los éxtasis de la vida en el Cielo que nos aguardan a nosotros que conocemos a Jesús y estamos salvados. El Cielo será una prolongación de la vida feliz que llevamos actualmente. Aunque allí tengamos trabajo, seremos todavía más felices. Gozaremos de más libertad de movimiento y lograremos más cosas. Veremos más progresos y diversidad. Viajaremos más y disfrutaremos de mayor libertad. La vida en el más allá va a ser emocionante y fascinante para nosotros: una extensión, ampliación o multiplicación de la alegría y de la apasionante vida que llevamos ahora. Tendremos la misma felicidad de ahora, solo que multiplicada con creces y con innumerables bendiciones, de tal modo que al presente apenas si somos capaces de imaginárnosla.

En el sueño escapé de aquel refinado infierno subiendo por una escalera que conducía a una abertura de color verde oscuro cubierta de maleza, con aspecto de cripta o tumba. Me recordó una canción que se volvió muy popular hace años, *The Green Door* (La puerta verde). Trataba de un hombre intrigado por saber

qué había al otro lado de una puerta verde, que resultó ser la tumba.

Cuidado, pues, con esa puerta verde. Podría conducirte a un mundo que en realidad no es para ti y donde sin duda no querrías estar jamás. Asegúrate más bien de que tu nombre está inscrito en el Cielo y confirma tu reserva para una de las moradas de la Ciudad Celestial (Lucas 10:20; Juan 14:2; Apocalipsis 21:27). Ahí podrás vivir feliz eternamente con Jesús. Si lo aceptas ahora, disfrutarás de Él y del Cielo para siempre. Así no tendrás por qué temer cuando te llegue la hora de morir. Sabrás hacia dónde te diriges. No hacia abajo, a un infierno impecable, sino hacia arriba, a la gloria.



Jesús dijo: «El que oye Mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24). Acepta el perdón de tus pecados que Jesús te ofrece y obtendrás tu pase gratuito al Cielo, el don de la vida eterna. Sencillamente haz la siguiente plegaria:

*Jesús, sé que me he portado mal y que no me merezco el Cielo; pero acepto el sacrificio que hiciste en la cruz por la redención de mis pecados. Dame Tu amor, Tu perdón y Tu salvación. Te ruego que entres en mi corazón y me concedas el don de la vida eterna. Amén.* •

EN 1870 SE GENERÓ cierta inquietud a escala internacional ante la ausencia de noticias sobre David Livingstone (1813-1873), que por entonces realizaba una de sus famosas expediciones en el corazón del África. Al final el conocido médico, misionero y explorador escocés fue descubierto por una partida de búsqueda dirigida por el periodista Henry Stanley, quien al encontrarse con él lo saludó con una frase que a la postre se haría famosa: «El doctor Livingstone, supongo». Más tarde Stanley escribió:

«Partí al África albergando tantos prejuicios como el más redomado de los ateos de Londres. Pero allí tuve ocasión de reflexionar profundamente. Al observar a aquel anciano solitario, me pregunté: “¿Cómo diablos se le ha ocurrido venir a semejante lugar? ¿Qué le pasa? ¿Está loco? ¿Qué lo impulsa?”

»Durante los meses que siguieron a aquel primer encuentro, no dejaba de desconcertarme aquel anciano que llevaba a cabo lo que decía la Biblia:

“Déjalo todo y sígueme”. Pero poco a poco su compasión se me fue contagiando. Con su piedad, su amabilidad, su celo, su entusiasmo y la manera en que desempeñaba sus actividades, terminó por convertirme sin haberlo intentado siquiera».

¿Qué motivaba a Livingstone? Trece años antes, en una reunión de estudiantes celebrada en la Universidad de Cambridge, había respondido a una pregunta que le hacían con frecuencia: ¿Por qué había renunciado a su cómodo hogar y a las buenas perspectivas económicas del ejercicio de la medicina para exponerse a rigores y privaciones en los parajes inexplorados del África donde trabajaba como médico misionero?

«Por mi parte, nunca dejo de regocijarme de que Dios me haya escogido para desempeñar tal labor. La gente habla del sacrificio que he hecho al pasar gran parte de mi vida en el África. ¿Puede calificarse de



## ¿UN SACRIFICIO?

sacrificio lo que no es sino la retribución de una mínima parte de todo lo que hemos recibido de Dios y que nunca podríamos pagar? ¿Puede llamarse sacrificio lo que está recompensado con una actividad saludable, con la satisfacción de estar obrando bien, la paz interior y la esperanza del glorioso destino que nos aguarda al cabo de esta vida? En tal contexto, mejor proscribir esa palabra. De ningún modo puede considerarse un sacrificio. Digamos, más bien, que es un privilegio. La ansiedad, las enfermedades, el sufrimiento, los ocasionales riesgos y la nostalgia de las comodidades de la vida podrán de vez en

cuando detener nuestra marcha, hacer vacilar

nuestro espíritu y abatir nuestro ánimo. Pero apenas por breves momentos. Esas cosas no son en nada comparables con la gloria que más adelante ha de manifestarse en nosotros y para nosotros. ¡Jamás he realizado sacrificio alguno!»

¿Qué haces tú con tu vida? ¿Perdurará para siempre? ¿La entregas por Jesús y los demás? «No es de necios dar lo que no se puede retener a cambio de lo que nunca se ha de perder»<sup>1</sup>. •

<sup>1</sup> Jim Elliot (1927-1957), misionero entre los indios aucas del Ecuador y mártir.

# VALORES

## TRASCENDENTALES



No surge nada verdaderamente valioso de la ambición o del simple sentido del deber; nace más bien del amor y la devoción a la humanidad.

ALBERT EINSTEIN

Mahatma Gandhi catalogó así los siete pecados del mundo: riqueza sin trabajo, placer sin conciencia, conocimiento sin carácter, comercio sin moralidad, ciencia sin humanidad, culto sin sacrificio y política sin principios.

Es preciso entender las verdades espirituales y aplicarlas a nuestra vida moderna. Debemos sacar fuerzas de aquellas virtudes casi olvidadas como la sencillez, la humildad, la contemplación y la oración. Ello exige una consagración que va más allá de la ciencia y de uno mismo, pero cuya remuneración es grande y además nuestra única esperanza.

CHARLES LINDBERGH

No valores tu patrimonio según los bienes que posees, sino según aquellos haberes que no darías a cambio de dinero.

ANÓNIMO

Un individuo no ha comenzado a vivir de verdad mientras no haya traspasado los estrechos confines de sus aspiraciones particulares para adentrarse en el vasto universo de los anhelos de toda la humanidad.

MARTIN LUTHER KING

Vivimos en un mundo de gigantes nucleares y enanos morales. Sabemos más acerca de la guerra que de la paz. Sabemos matar mejor de lo que sabemos vivir. Hemos desvelado el misterio del átomo y rechazado el Sermón del Monte.

OMAR BRADLEY

La vida temporal carece de sentido si no lo encuentra en la eternidad.

NIKOLAI BERDIAIEV

El fin más grande que se puede dar a una vida es emplearla en algo que perdure después que ésta haya concluido.

WILLIAM JAMES

La felicidad no consiste tanto en tener como en compartir. Con lo que obtenemos, nos ganamos la vida; con lo que damos, la forjamos.

NORMAN MACEWAN

Siendo que la vida es corta, nos conviene moderar nuestros proyectos y preocupaciones: resulta molesto cargar con exceso de equipaje en tan breve viaje.

ANÓNIMO

Quien pretenda vivir a solas no alcanzará la plenitud como ser humano. Su corazón terminará por marchitarse si no responde al corazón de otra persona. Si su mente no escucha más que los ecos de sus propios pensamientos y no halla ninguna otra inspiración, acabará por encogerse.

PEARL S. BUCK

Las cosas más bellas y valiosas del mundo no pueden verse ni palparse. Hay que sentir las dentro del corazón.

HELEN KELLER

Cuando vivimos para servir a los demás la vida se nos hace más difícil, pero también se hace más plena y feliz.

ALBERT SCHWEITZER

Jesús dijo: «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12:15). Vivir, vivir plenamente, nada tiene que ver con las cosas materiales, pues éstas no brindan contentamiento. Podrán satisfacer temporalmente el cuerpo, pero jamás podrán llenar el alma o el espíritu del hombre, que clama a Dios en busca de la dicha, la felicidad y la satisfacción eternas que sólo el Padre celestial puede ofrecerle.

D.B.B.

# Las 70 semanas de Daniel, primera parte

JOSEPH CANDEL

EL NOVENO CAPÍTULO del libro de Daniel contiene una de las profecías más extraordinarias de la Biblia, toda vez que aborda el tema de la primera y segunda venida de Cristo.

En el inicio del capítulo, Daniel intercede con fervor ante Dios por su pueblo —Israel—, que en aquella época había sido llevado cautivo a diversas partes del Imperio Persa (aproximadamente en el año 538 a.C.). El arcángel Gabriel se le aparece y le hace saber que ha venido a otorgarle «sabiduría y entendimiento». Luego le dice que entienda la orden y entienda la visión.

*Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad [Jerusalén], para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar [cumplir] la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos [Jesús] (Daniel 9:24).*

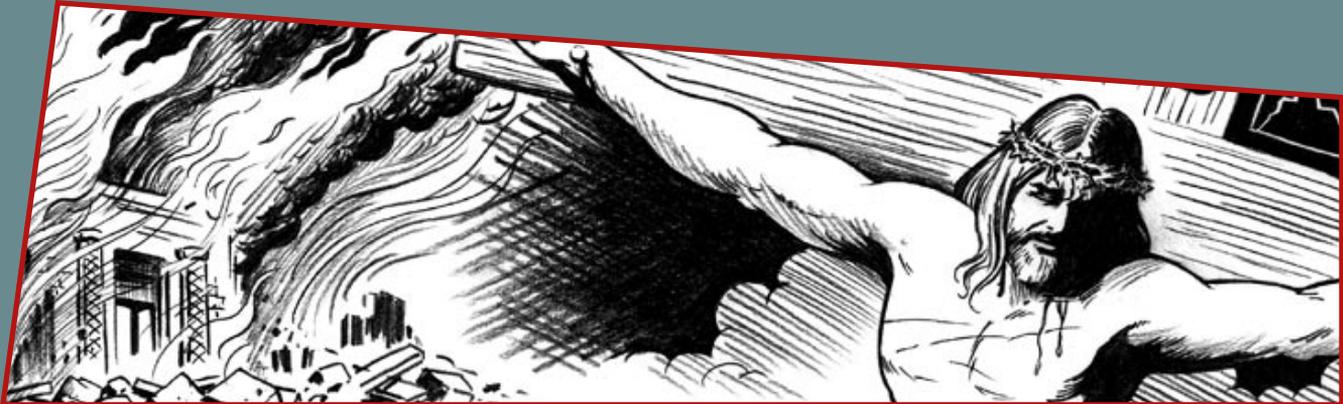
La palabra *semana* que aparece en las biblias castellanas es traducción del vocablo *shabua*, que significa literalmente «siete». El *Diccionario Strong de griego y hebreo* la define de la siguiente manera: «Que consta de siete elementos, p.ej. una semana (específicamente de años)». O sea que esas 70 semanas representan en realidad 70 veces 7 años. Algunas versiones modernas dicen sencillamente: «490 años». A medida que leamos y comprendamos la profecía y su cumplimiento se hará evidente que en este pasaje la palabra *semana* debe interpretarse como «7 años». También habría podido emplearse la voz *hebdómada*, pues uno de sus sentidos es «espacio de siete años».

*Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe [Jesús], habrá siete semanas [49 años], y sesenta y dos semanas [434 años]; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí (Daniel 9:25,26a).*

Ochenta y cinco años después que Daniel recibiera esta profecía, en el año 453 a.C., Artajerjes I Longimano, rey de los persas, dio a su leal siervo judío Nehemías el mandamiento de dirigirse a Judá para restaurar las fortunas de su pueblo. Lo nombró gobernador de la provincia y le dio autoridad para reconstruir los muros de la ciudad (Nehemías 2:1-9). Aquella fue «la orden para restaurar y edificar a Jerusalén». Hubo otras proclamaciones por parte de los reyes persas para librar a los judíos del cautiverio y permitirles su regreso a Israel con el fin de que reconstruyeran el templo. Sin embargo, la proclamación principal en la que se anunció la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén fue hecha por Artajerjes I en el año 453 a.C.

El oráculo decía que desde la proclamación hasta que se «quitara la vida» al Mesías transcurrirían 69 veces 7 años, que equivale a 483 años. Si contamos desde el año 453 a.C., nos encontramos con que la fecha predicha para la muerte del Mesías corresponde al 30 d.C., el año preciso de la crucifixión de Jesucristo.

Es de notar también que la profecía divide las 69 semanas en dos grupos, uno de siete semanas (49 años) y otro de 62 (434 años). Eso se debe a que el muro y la ciudad fueron construidos en los primeros 49 años. Después de esto transcurrieron



*No quedará  
aquí piedra  
sobre piedra.*

otros 434 años antes de la crucifixión de Cristo.

Isaías, en una profecía escrita en el año 700 a.C., explica por qué se le quitaría la vida al Mesías. «Fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de Mi pueblo fue herido. [...] Cuando haya puesto Su vida en expiación por el pecado, [...] justificará Mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos (Isaías 53:8,10,11). Es decir, murió por nosotros, por los pecados del mundo, no porque Él mismo fuera culpable de algún pecado o delito.

Volviendo a la revelación de Daniel, el ángel continúa:

*El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones (Daniel 9:26b).*

Cuarenta años después de haber sido

crucificado Jesús, en el año 70 d.C., las legiones romanas, al mando del general —y futuro emperador— Tito, quemaron Jerusalén y dismantelaron el templo piedra por piedra, para llegar al pan de oro que se había fundido y escurrido por entre las grietas, hecho que había profetizado Cristo en el año 30 d.C. cuando estaba reunido con Sus discípulos en el templo: «No quedará aquí piedra sobre piedra» (Mateo 24:2).

Sin embargo, parece haber una discrepancia entre el número de años mencionado en Daniel 9:24 (490 años) y el del siguiente versículo (483 años). ¿Qué hay de los 7 años restantes?

Resulta que una parte fundamental del versículo 24 no se cumplió con la crucifixión de Jesús: «para traer la justicia perdurable». Un solo vistazo al mundo de hoy basta para convencerse de que la justicia perdurable aún no ha llegado. Al morir Jesús en la cruz, puso «fin al pecado» para quienes creen en Él y aceptan Su redención. Sin embargo, la justicia perdurable no se impondrá en la Tierra hasta después que Jesús retorne y dé inicio a Su reinado de 1.000 años, período que se denomina *el Milenio*. La última de las 70 hebdómadas de Daniel, es decir, los últimos siete años —la septuagésima semana—, todavía no ha llegado, pero pronto llegará. No te quedes en tinieblas. Que no te pille desprevenido. Averigua cuándo será y cómo. •

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE CONÉCTATE.)



**Pregunta:** *Jesús dijo que la forma de ser feliz y alcanzar el éxito en la vida es «buscar primeramente el reino de Dios»; pero ¿cómo se hace eso hoy en día? ¿Cómo hago para vivir una vida centrada en Dios, lograr algo más que simplemente sobrevivir en este mundo materialista y, a la vez, no perder mi identidad?*

**Respuesta:** En efecto, esas tres cosas se pueden conjugar. No es tan difícil como quizá te imaginas.

El primer paso es determinar tus valores y objetivos en la vida. Toma nota de ellos. Sé sincero contigo mismo.

«Buscar primeramente el reino de Dios» significa ajustar tus prioridades a las Suyas. De modo que el paso siguiente es saber qué es lo prioritario a los ojos de Dios. ¿Qué quiere Él que hagas? Muchas personas no pasan de este punto porque piensan que Dios les va a pedir algo imposible o muy sacrificado. Es probable que se vieran gratamente sorprendidas al saber lo clara y sencilla que es la Biblia al respecto, y lo viable que es lo que nos manda:

«¿Qué pide el Señor de ti?: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6:8). «Este es el amor a Dios, que guardemos Sus mandamientos; y Sus mandamientos no son gravosos» (1 Juan 5:3). «Toda la ley en esta sola palabra se cumple: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”» (Gálatas 5:14).

Cierto es que no siempre resulta fácil vivir con la mente fija en esos objetivos. Es posible que entrañe algunos sacrificios iniciales. No obstante, estos se recompensan con creces. «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir» (Lucas 6:38).

Es importante disipar también otro concepto erróneo que tiene mucha gente: Si bien es verdad

que la Biblia no define el *éxito* en términos de comodidades y bienes materiales, Dios no se opone al éxito económico. Lo determinante para Él es lo que hagamos con ese éxito. La Biblia no dice que el dinero sea la raíz de todos los males, como a menudo se malinterpreta el versículo 1 Timoteo 6:10. La culpa de todos los males —puntualiza la Escritura— es «el amor al dinero». Dios con todo gusto te bendecirá materialmente si empleas esas bendiciones para «hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» y si «amas a tu prójimo como a ti mismo».

Es más, la Biblia promete: «Deléitate [...] en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4), y: «No quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmo 84:11).

Falta, sin embargo, responder la tercera parte de la pregunta. ¿Perderás tu identidad? ¡Claro que no! Solo que te vas a sentir más feliz y satisfecho y vas a tener objetivos más claros. Dios te creó de forma que fueras una expresión singular de Su amor. No se propone invalidar eso, sino mejorarlo.

Él no se limita a darte una buena vida; quiere concederte la mejor posible. Tiene la facultad de hacerlo, pero tú también tienes que desearla. Cuando tus valores coinciden con los de Dios y haces tuyas Sus prioridades, no hay pérdida. Sales ganando sí o sí. •



# LA LOCA CARRERA

¿Comentario sobre la vida en el  
siglo XXI?

Publicado por primera vez  
en 1949.

VIVIMOS EN LA ERA  
DE LA LOCA CARRERA,  
DE LA ENDÉMICA  
CHAPUZA,  
DE LA PÁGINA  
INCONCLUSA,  
DE LA NOCHE  
RUTILANTE,  
DE SITUACIONES  
TREPIDANTES,  
DE VIAJES COMO BALAS  
CON BREVÍSIMAS  
ESCALAS,  
DEL BRONCEADO EN EL  
SOLÁRIUM  
PARA EL AFANADO  
USUARIO,  
DEL TREMENDO JEFAZO  
QUE OSTENTA UN  
PUESTAZO,  
DE TENSIONES  
MENTALES  
Y DOLORES ARTERIALES,  
DE INTERMITENTES  
SIESTAS  
HASTA QUE SE ACABA LA  
FIESTA  
PORQUE UNO NO DA MÁS  
DE SÍ.

# LECTURAS ENRIQUECEDORAS

## *La sencillez*

*El Señor nos ha indicado un plan muy sencillo para vivir sanamente.*

Deuteronomio 10:12

Eclesiastés 12:13

Miqueas 6:8

Gálatas 5:14

Santiago 1:27

*Es de necios ser sabio cuando los conocimientos mundanos contradicen las verdades divinas.*

Eclesiastés 1:18

Eclesiastés 12:12

Romanos 1:22

1 Corintios 3:19,20

Colosenses 2:8

1 Timoteo 6:20b, 21a

*La sencillez es la clave de la fe y de los principios espirituales.*

Salmo 119:130

Lucas 10:21

Lucas 18:16,17

*Es de sabios ser sencillo.*

Salmo 131:1

Mateo 6:22

Romanos 16:19b

1 Corintios 3:18

1 Corintios 8:1b

2 Corintios 1:12

2 Corintios 11:3

## **ORACIÓN PARA HOY**

Jesús, a veces me pierdo en el bosque de mi vida cotidiana y no sé qué rumbo tomar ni cuáles deben ser mis prioridades. Te agradezco que eso me motive a acudir a Ti. Cuando lo hago, me ayudas a tomar decisiones acertadas y me señalas el camino: el de servirte a Ti y a los demás por amor, pues conduce a la felicidad y la satisfacción personal, que son, de todas las bendiciones que nos das, las más valiosas. •

# Conserva la sencillez

Transmití grandes verdades, palabras profundas que transformaron y siguen transformando vidas. Pero también hablaba a los niños. Yo era sencillo, era claro, y no perdí el gusto por las pequeñeces. Me detenía a contemplar las flores. Cocinaba para Mis discípulos.

Cuando no encuentras alegría en las cosas de todos los días, la vida se torna confusa, y pierdes el contacto humano. Terminas trocando la profundidad de carácter por un laberinto de pensamientos complicados, y un corazón sensible a las cosas del espíritu por conocimientos puramente mentales.

La sencillez es un don. Inicialmente todos los hombres la poseen; pero a medida que crecen, algunos la desechan por considerarla afín a la ignorancia, la ingenuidad, la inmadurez y la falta de cultura y refinamiento. Prefieren urdir una compleja maraña para ocultarla. Pero ¿no dije acaso que no puedes entrar en el reino de los Cielos a menos que poseas la simplicidad de un niño y seas capaz de creer en lo imposible y en lo invisible, en Mí que morí por ti y resucité para que pudieras acceder al don sencillo pero milagroso de la vida eterna? El don sigue disponible para quienes humilde y sabiamente lo valoran y reciben.

Hay mucho que descubrir en el curso de la vida, y más aún en el Cielo; pero verás que las verdades más profundas, la belleza más espléndida, la sabiduría más excelsa, se expresan siempre con sencillez.

*DE JESÚS, CON CARIÑO*